

Joan Fuster

CONVERSACIÓN CON MIQUEL DOLÇ

Hemos empezado hablando de Virgilio, naturalmente. Miquel Dolç acaba de publicar su versión catalana de la *Eneida*. El Virgilio de Dolç, con el Homero de Riba, el Shakespeare y el Dante de Sagarra, el Milton de Boix Selva, obligarán, sin duda, al futuro historiador de nuestra literatura a abrir un capítulo de estudio para los grandes traductores del siglo XX: no creo que esto ocurra, hoy, en muchas otras lenguas. Para nosotros, estas incorporaciones de clásicos tienen, sobre su valor cultural estricto, de trasiego idiomático, otro valor, quizá mayor aún, de refinada y creadora excelencia literaria. Pienso que, en el caso de Dolç queda ya desmentido el aserto de E. R. Curtius, de que no se puede gozar de la *Eneida* a través de una traducción. Dolç nos ha dado en romance –y sostenido en el ritmo severo del hexámetro, esfuerzo sin precedente en las literaturas románicas– un equivalente tan justo y tan bello del original latino, que el ilustre crítico alemán, de haber podido llegar a conocerlo, habría admirado en toda su trascendencia.

–Creo en la absoluta vigencia de Virgilio –me dice Dolç–. La *Eneida*, aunque es un poema de estructura derivada de los poemas homéricos, y un fruto lejano, por lo tanto de la cultura griega, es, fundamentalmente, la base de la romanidad, y Roma es la madre de nuestra civilización... Europa sigue leyendo a Virgilio. En los países de sólida tradición humanística, no es difícil encontrar gente capaz de recitar de coro largos pasajes de la *Eneida*. Eso no es tan frecuente en nuestra Península. En algunos núcleos intelectuales de Mallorca, sí. Recuerdo que, en una lectura que allí di de mi traducción, más de un oyente me seguía con los ojos puestos en el texto latino... Las versiones del poema a las lenguas nacionales, por otra parte, ponen a Virgilio al alcance de un público más extenso, y el interés con que son recibidas revela hasta qué punto el viejo poeta continúa estando vivo para el hombre de hoy.

Le pregunto detalles sobre su traducción de la *Eneida*.

–Siempre me apasionó Virgilio, y me ilusionaba verter a nuestro catalán su obra máxima. Comencé mi trabajo en Valencia: dos largos años de aplicación intensa. No era fácil la tarea. Aspiraba a que mi traducción reflejase, no sólo en literalidad conceptual, sino también en exactitud estilística, toda la riqueza del original virgiliano. La forma del hexámetro me ha sometido a duras pruebas...

Y yo pienso que Dolç tiene derecho a creer en la extraordinaria bondad de sus resultados.

–¿Qué preparas ahora?

–Para la Fundació Bernat Metge, de la que soy colaborador, he terminado el tercero y último volumen de las *Silves* de Estacio, en colaboración con Guillem Colom, y tengo ya muy avanzada la traducción de la *Apologètica* de Tertuliano. También para la Bernat Metge voy traduciendo el resto del *opus* de Virgilio. En esta colección de

clásicos antiguos publicaré, más adelante, otra traducción de la *Eneida*, ésta en prosa. En castellano, tengo en prensa una traducción de Catulo.

Pero Miquel Dolç es algo más que un latinista excepcional: es, asimismo, poeta y crítico. No cabe duda de que por ser también esto, poeta y crítico, sus traducciones de clásicos poseen aquella sutil calidad que supone, en el fondo, una participación creadora por parte del intérprete. Ahora le pido noticias de su obra específicamente personal.

—Este año aparecerá mi quinto libro de poesía, *Flama*, y trabajo en dos libros más, igualmente de poemas. Un «Libre de Mallorca», tengo también en proyecto, que será a la vez una visión de mi isla natal y una antología de textos literarios, de diversos autores, inspirados en su paisaje. Mientras tanto, hago crítica de libros, especialmente de poesía catalana contemporánea, en la prensa de Valencia y de Barcelona.

Miquel Dolç es catedrático de nuestra Facultad de Letras. Allí enseña latín y griego.

—Son buena gente estos muchachos —me dice; refiriéndose a sus alumnos—: serios y trabajadores...

Este es el segundo curso que profesa en nuestra Universidad, el segundo año que pasa entre nosotros. Prácticamente, Dolç ha quedado ya vinculado de raíz en la vida intelectual de Valencia, y no será Valencia quien menos se beneficie de ello.

—¿Qué impresión te produce nuestra ciudad, desde el punto de vista cultural?

(La pregunta es inevitable.)

—Al principio, y para quien viene de fuera, el panorama cultural valenciano produce una impresión un poco caótica. Pero un conocimiento más profundo y directo permite en seguida localizar en él a una serie destacadísima de valores importantes. Al margen ya de esto, considero muy esperanzador el espíritu que anima a un buen sector de la juventud intelectual valenciana: un espíritu bien orientado, que sabe a dónde va, asentado sobre una clara conciencia de la unidad de cultura que liga esta tierra vuestra a las Baleares y al Principado. De este movimiento ha surgido el Aula Ausiàs March, que la Facultad de Letras ha creado formando parte de los Cursos de Lengua y Cultura Valenciana, dirigidos por el doctor San Valero...

[*Levante*, 17 maig 1959]